



DE CÓMO FUI CAPAZ DE VER MI XXV ANIVERSARIO DESDE DENTRO

Antonio GONZÁLEZ-LLANOS LÓPEZ



UNA de las cosas que te pasan con la edad, y los que acabamos de celebrar el XXV aniversario de la entrega de despachos ya peinamos algunas canas, es que el umbral de respuesta a cualquier estímulo emocional baja considerablemente y, en consecuencia, el número de veces que te emocionas se incrementa de manera inversamente proporcional; es decir, mucho más de lo que quieres.

La emoción va siempre ligada a un pensamiento, que en su fase de comprensión dispara el gatillo y desencadena las consecuencias

que todos conocemos. Podríamos pensar que cuantos más años cumplimos, más pensamos, o pensamos cosas más importantes o, simplemente, nos hacemos más profundos de pensamiento. Pero cuando resulta que te emocionas viendo en la televisión la película de *Pretty Woman*, o incluso con una cursilada de programa del corazón que has visto «de casualidad» porque estabas haciendo *zapping*, empiezas a caer en la cuenta de que tampoco son tan profundas las razones del cambio.

Y así, con esta edad y no otra, nos fuimos todos, o casi todos, a Marín a los actos del XXV aniversario. Confieso que sólo de pensar en los días que se nos avecinaban por la proa, o echando un vistazo a las fotos de la brigada anterior, ya me colocaba en un estado preemocional que vaticinaba lo que muy probablemente iba a pasar.

El programa comenzaba el jueves con un partido de fútbol, organizado oportunamente por Valentín a las cuatro de la tarde, para hacer un poco de piña. Desde luego hay que estar orgulloso de tener compañeros que a esa hora son capaces de vestirse la camiseta y correr detrás del balón, muchos con más de cincuenta, la mayoría. Después, conforme llegaban los demás compañeros a la residencia, me imagino que como en los hoteles, empezamos a montar innumerables paliques espontáneos, hasta que se nos hizo tarde para cambiarnos y coger el autobús que nos llevaría a la primera de las «comelladas». Una cena en una finca con una «espectacular carpa», tipo las fincas con «espectaculares carpas» que tanto abundan en Galicia, sobre todo para celebrar bodas.





En fin, que nos vimos todos en una finca dentro de una carpa. Cena espectacular con entrega de regalos y baile con *DJ*. Confieso haber engullido veinticinco cigalas, una por cada año, casi tantas como las que se comió Tonín, que se creyó que celebraba el XL en vez del XXV.

Como al día siguiente teníamos los actos militares de la Jura, y sabíamos que nos acompañaría un sol como aquel de los quince primeros días cuando Nacho pedía permiso para rascarse la oreja porque el sudor le hacía cosquillas, no terminamos demasiado tarde, aunque alguno que otro intentó dar una entrada en el autobús de vuelta.

Al día siguiente, *debriefing* en el desayuno, comentarios varios y ya se notaba el nerviosismo. Casi todos bajamos andando desde la residencia hasta la explanada, en realidad hasta el bazar. Y es que la fiebre de comprar de nuestras mujeres en los viajes es, realmente, insaciable.

Todo comenzó en la misa, primer acto de los previstos para ese día. Como todos sabemos, las misas en la Escuela empiezan siempre con la oración. Por supuesto la cantamos, pero se adivinaba en el esfuerzo una cierta emoción que ya nos empezaba a embargar o nublar la vista. Nadie miraba para los lados, más bien hacia arriba para intentar absorber las primeras lágrimas. En fin, que lo vaticinado parecía empezar a consumarse. Y entonces me di cuenta de que si aquel estado de emoción continuaba *in crescendo*, iba a ser realmente complicado poder disfrutar de todo lo que nos esperaba y, por otra parte, ¿por



qué me tenía que producir la misma sensación, la misma expresión de sentimiento, lo que estaba viviendo que la película de *Pretty Woman*?

Así que cuando el «páter» dijo que *La Salve* la cantaríamos en la explanada, le pedí a la Virgen del Carmen que me diera fuerzas para poder hacerlo desgañitado, como si fuera aspirante de primero, con la mirada fija del comandante de brigada, Sanjurjo, que no pudo venir, diciéndonos: «¡Más alto!». Es decir, le pedí fuerza de voluntad, mantener la cabeza tranquila, no blandearme ni doblegarme con las emociones, poder saborear con la cabeza lo que iba a ocurrir, de manera que me dejara un recuerdo imborrable porque así lo había querido y decidido. No quería que fuese un momento de lágrimas y sentimentalismo, sino un momento de especial trascendencia. Un momento que alimenta el espíritu y nos hace mejores.

Porque estábamos celebrando un acto para conmemorar que un día habíamos decidido que parte de nosotros mismos, de nuestro pensamiento, parte de nuestro proceder, de nuestra forma de ver la vida, en definitiva, que una parte de nuestra vida espiritual, muy por encima de los sentidos y los sentimientos, era común a todos. Que un día decidimos libremente que así fuera, aprendiendo a hacerla común, todos juntos, a lo largo de unos cuantos años en el mismo sitio donde estábamos en ese preciso momento. Estábamos celebrando que en nuestro espíritu, además de muchas otras cosas, ideas, pensamientos, convicciones, muchas muy distintas según cada uno, hay una parte que responde de manera disciplinada; es decir, en la misma dirección, a cualquier estímulo con firmeza, sabiendo de lo que hablamos y que ha cimentado el verdadero

compañerismo, por encima de cualquier sentimentalismo, que nos permite dirigirnos unos a otros con total sinceridad y buena voluntad. No es fácil, pero creo que, como me dijo Manolo en la puerta de la residencia, «en nuestra brigada, sí ha ocurrido».

Y así fue. No recuerdo haber cantado con tantas ganas, ni haber desfilado con tanto empeño, aunque sólo fuese para ocupar los puestos para el acto, de compenetración con mis compañeros y de jurar otra vez la Bandera de manera consciente y voluntariosa, y de escuchar con ganas y atención los brillantes discursos del director y de Aniceto que en el día del XXV aniversario.

Esa misma tarde, después de los actos militares, cuando dejé a Carmen en la peluquería para la fiesta de gala que se celebraba esa noche, me fui a dar un paseo por Marín y entré en la iglesia de la plaza que está entre «La Nao» y el sitio de la carne donde nos ponían «huevos fritos» de postre. No pensaba en dar gracias, ni siquiera pensaba en rezar; entré para reflexionar sobre lo que había pasado, que es otra forma de rezar, o, al menos, pertenece a la misma especie de cosas que se hacen desde ese mismo suelo interior.

Volví a pedir que tuviese la suficiente consciencia y asiento en la manera de vivir lo que restaba de los actos, así como disfrutar con todos y cada uno de los compañeros. Debo decir que cuando se acercaba la hora de la fiesta de gala alguien preguntó si las mesas estaban asignadas, a lo que Manolo respondió que no, que nos sentáramos por afinidad. Me alegro por la confianza que tuvo en hacerlo así, no resolviendo por miedo a ilusorios sentimientos de afinidad y sí por la certeza de saber que cualquiera, en cualquier mesa, es afín a sus compañeros.

Pensé que podría intentar transmitir públicamente de alguna manera lo que estoy convencido que hemos pensado y experimentado todos y que está muy lejos de ser una mera experiencia emocional o sentimental, como quise evitar desde el principio. De todo ello, podrán dar fe aquellos que no han podido participar físicamente en los actos, unos porque no han podido venir; otros, Raúl, Marcos y el Buzo, porque ahora... no están. Aunque estoy seguro de que el milagro de lo espiritual nos ha hecho sentirlos, casi verlos y tocarlos en la inolvidable formación de los XXV años de la salida de la Escuela Naval Militar. Una formación que fui capaz de ver, sentir y entender desde dentro.

